

treis en su gremio, tendréis parte en todos sus sacrificios y buenas obras, porque esta es la ventaja de los cristianos, que todos participan de las oraciones de cada uno, y son, señor, muy poderosas para un Dios las súplicas y ruegos de una esposa pura y querida, en que estan unidos todos los escogidos que ama en toda una eternidad.

Yo dije al padre que estaba obediente á todo lo que disponia, y que me hallaria pronto á seguirle y hacer cuanto me mandara. Pues bien, me dijo el padre levantándose, encomendao esta noche á Dios, llamad á María su Madre, á S. José y á vuestro ángel de guarda; pedidles que asistan á este acto solemne, en que vais á consagraros á Dios nuevamente, y que sean garantes de vuestras promesas. Y pensad que este es el dia mas importante de vuestra vida, pues vais á dar el primer paso que os pondrá en el camino que guia á la eterna felicidad. El padre se fué, y yo, Teodoro, quedé esperando este dia, y pidiendo á Dios lo llevase al término, pues habia tenido la misericordia de ponerme en el principio. A Dios, Teodoro, hasta mañana.

CARTA XX.

EL FILOSOFO A TEODORO.

TEODORO mio: ántes que el padre viniese ya estaba yo esperándole para seguirle, pero muy desasosegado. Mi corazon palpitaba, como que me disponia á un acto grande y extraordinario, la inquietud no me dejaba parar, y me paseaba con pasos apresurados por el cuarto. Unas veces me parecia que no estaba bastante preparado para tan arduo empeño; otras que no le podria sostener; en fin, me encontraba rodeado de incertidumbres y ansiedades; pero el padre vino, y la presencia de este hombre angelical me serenó. Su aspecto religioso, y este carácter de santidad que estaba grabado en su fisonomía, excitó en mí un rápido recuerdo de todo lo que me habia dicho. Esto bastó para desterrar mis irresoluciones; experimenté un nuevo valor en el ánimo, y me dispuse á seguirle.

Me condujo por diferentes claustros hasta un punto en que bajamos una larga escalera. Cuando llegamos á lo profundo, ví una grande sala rodeada de muchos sepulcros, en que segun me

dijo, reposaban sus hermanos. Este lugar no estaba alumbrado sino por una pequeña lámpara, cuya luz reverberaba sobre la imagen de un grande Crucifijo, colocado en un altar que se veía en el centro. La vista súbita de esta imagen, que por su naturaleza inspiraba pavor, me conmovió de tal suerte, que me estremecí. Yo no sé si el padre lo conoció, porque me dijo: Es nuestro Dios, pero Dios de amor y de misericordia.

Se puso de rodillas; yo le imité, y mientras él hacia oracion, mil pensamientos vagaban por mi espíritu, todos rápidos y confusos: era una mezcla de terror, asombro, religion y horror; todos se sucedian y se rechazaban. Yo queria hablar con Dios, yo hubiera deseado hacer actos religiosos; pero á pesar de mis esfuerzos conocia que me eran extrangeros, y era que como mi alma no estaba acostumbrada, no le eran aun familiares.

Pero haciendo reflexion de que ya sabia y estaba convencido de que Jesucristo era mi Dios, y que habia muerto por mi amor, esta idea me llenó de horror y de indisposicion contra mí mismo. Me pareció que mi perversidad era invencible, y levantando los ojos á él, le dije mas que con los labios con el corazón: *¡Socorro! ¡piedad!* Las lágrimas me saltaron á los ojos, y como si hubiera quedado fatigado de este esfuerzo, me sentí como desfallecido, quedé en un silencio estúpido, y en una entera suspension de mis facul-

tades. No sé lo que esto duró; pero habiéndose levantado el padre me hizo tambien levantar, y llevándome á un banco que estaba cerca, me dijo así: *et quidam sup. quidam sol. quidam. quidam sup.*

Ya estamos, señor, en la Iglesia y en la presencia de nuestro Dios. El nos oye, y puede ser que todo el cielo observe lo que vamos á hacer. Su misericordia os ha conducido aquí, y os ha inspirado el deseo de volver á entrar en el seno de la religion. La Iglesia, como hija de Dios, como esposa de Jesucristo, siempre penetrada de su espíritu á ejemplo de su amante Esposo, nada desea tanto como restituir á su rebaño las ovejas perdidas; pero me parece conveniente que yo como su ministro os explique ántes lo que es la Iglesia, y lo que los fieles la deben indispensablemente.

La Iglesia, señor, es un cuerpo místico. Todos los fieles son sus miembros, y Jesucristo que la fundó con su divina sangre, es su cabeza. Jesucristo cuando subió á los cielos la confió todo su poder, asegurándola que cuanto ella desatara sobre la tierra, él lo desataria en el cielo. La prometió una proteccion indeficiente, diciéndola que estaria con ella hasta la consumacion de los siglos; la dejó toda su autoridad, declarando que el no escucharla seria no escucharle á él mismo; la hizo su esposa querida, pues estan en su seno los escogidos que amó desde la eternidad, y la

envió su Espíritu Divino para que fuese el oráculo y el intérprete de toda verdad. Solo con saber estos títulos, podeis considerar los derechos que tiene sobre los hijos que recibe, y las obligaciones que nos impone como á cristianos.

Desde el instante, pues, que por el bautismo entramos en su gremio, nos declaramos sus vasallos, y la debemos obedecer como á nuestra soberana. Somos sus hijos, y la debemos amar como á nuestra madre. Nos hacemos sus miembros, y debemos sostener y apoyar el cuerpo místico de Jesucristo á que nos hemos agregado. Es nuestra soberana, porque Jesucristo la dejó en su lugar, revistiéndola de todo su poder; es nuestra madre, porque como dice S. Agustin, nos ha reengendrado en Jesucristo, nos ha dado educacion cristiana, y nos ha instruido y creado en la fe; y es el cuerpo místico de Jesucristo, pues la ha fundado haciéndose su cabeza.

Como soberana impone leyes, hace decretos, da sentencias, y nos gobierna dirigida por el Espíritu Divino, conformándose con las máximas puras del Evangelio; como madre nos tiene en su seno, nos da los socorros espirituales, nos ayuda en nuestras necesidades, y cuida de nosotros con la atencion mas afectuosa y mas constante; como cuerpo místico de Jesucristo nos une con este gefe adorable, á quien sirve de canal para que derrame sobre nosotros los divinos influjos

de su gracia. Nos comunica todos los méritos de su sangre, y nos conduce en fin á la gloria. ¡Qué razones! ¡qué motivos para que la amemos!

No se puede dudar que Jesucristo dió á la Iglesia este poder soberano cuando dijo á los apóstoles que la representaban (1): *Todo lo que atáreis ó desatáreis en la tierra, será atado ó desatado en el cielo*: esto es, todo lo que juzgáreis, todo lo que determináreis, todo lo que mandáreis en materia de doctrina y de costumbres, será confirmado y ratificado en el cielo de tal manera, que todo juicio pronunciado, ó toda orden dada por la Iglesia, se debe considerar como si lo fuera por el mismo Dios.

Esta autoridad es de tal extension, que no hay poder humano que no la esté subordinado. No es que la Iglesia pretenda pasar los límites que su Esposó la ha puesto, y exceder el imperio que la ha dado: su Divino Salvador la declaró positivamente que su reino no era de este mundo, haciéndola entender que no era temporal; y por eso léjos de elevarse sobre las autoridades humanas, léjos de querer debilitarlas, se ha mostrado celosa de mantener sus derechos y la obediencia que se las debe. Sus dos mayores oráculos lo han predicado. S. Pablo dijo que todos se sometan á las potestades superiores porque estan

(1) Matth. xviii. 18.

establecidas por Dios, y que el que las resiste, resiste al mismo Dios, y se acarrea una justa condenacion. S. Pedro nos enseña que obedezcamos á nuestros superiores, tanto al rey que está encima de todos, como á los comandantes y otros enviados que se hallan revestidos de su autoridad.

○ Pero cuando se trata de lo espiritual, entonces todo debe rendirse y humillarse desde el monarca sobre el trono, hasta el mas inferior que va arrastrando por el polvo; desde el grande hasta el pequeño, y desde el sabio al ignorante, todos deben reconocer la soberanía de la Iglesia, y contenerse en la reverente sumision que se la debe, sin excepcion de lugares, clases ó circunstancias.

○ Este poder es de tal preeminencia, que lo hombres no conocen otro que le iguale. Ningun soberano ó potentado tiene un derecho tan extendido sobre las almas; esto es, ninguno puede obligarme á creer todo lo que él crée, á pensar todo lo que él piensa, á condenar interiormente todo lo que él condena, ni aprobar todo lo que él aprueba. Es verdad que yo debo por espíritu de obediencia conformarme de corazon en cuanto puedo, á lo que juzgan ó mandan; pero como sé que son hombres, y capaces de error, si en efecto se engañan, no me es posible pensar como piensan.

Sola la Iglesia, como es infalible, dice: Creed tal cosa, y estamos obligados á creerla, y á creerla tan íntimamente y tan de corazon, que ya no podemos dudar, disputar ni dificultar lo que ella ha juzgado y definido. Si habla, el ingenio mas sublime y el mas limitado deben igualmente rendirse, y ni uno ni otro pueden examinar de nuevo su definicion. Si alguno negara á la Iglesia esta sumision, pudiera justamente tratarle de rebelde, separarle de su comunion y maldecirle; y esto es lo que ha hecho con tantos hereges indóciles, ovejas descarriadas ó perdidas, á ménos que el Señor no las vuelva al aprisco. Pidámosle esta gracia; pero pidámosle sobre todo para nosotros la sencillez de la fe, y una docilidad de espíritu que nos preserve de semejantes desvarios.

○ Como hijos debemos tambien amar á la Iglesia nuestra madre. Un profeta decia: ¡Una madre puede olvidar al hijo que ha parido? Y yo tornando la proposicion sin contradecirla, añado: ¡Un hijo puede olvidar á su madre que le concibió en su seno, y á quien debe la vida y el ser? La madre que abandonara á su hijo y no le tratara con cariño, seria indigna de tan dulce nombre; pero el hijo que la renuncia ó la trata con indiferencia, desmiente todo el carácter de la naturaleza y de la razon. ¡Yo quién, si considera la conducta de la Iglesia con todos los fieles, pue-

TOM. II. 27

de dudar que nos trata con toda la atencion y los cuidados de una madre?

Desde que nacemos nos reengendra en Jesu-
cristo por el bautismo, nos marca con el sello de
Dios, que es el carácter de la fe, nos recibe en
sus brazos, y se encarga de darnos la leche es-
piritual. En el discurso de nuestra vida se sirve
de todos sus medios para instruirnos, para ense-
ñarnos, para dirigirnos en los caminos de Dios, y
para que volvamos á entrar en ellos si por des-
gracia nos extraviamos. ¡Cuántos ministros di-
puta! ¡cuántos medios nos presenta! ¡cuántas ora-
ciones dirige á Dios! ¡cuántas ofrendas y sacrifi-
cios multiplica! No piensa sino en socorrer nues-
tras necesidades; ni nos persuade sino la solici-
tud de los intereses eternos, que son los verda-
deros. Así nos conduce en las diferentes eda-
des de la vida, velando y trabajando por no-
sotros.

¡Pero en la muerte? En este parage tan peli-
groso es cuando dobla su vigilancia, muestra to-
da su aficion materna; entónces abre todos sus
tesoros, da á los sacerdotes que nos asisten to-
dos sus poderes, no se reserva nada, y les con-
fiere toda su jurisdiccion para perdonar y absol-
ver. No hay mas que oirla hablar. ¡Con qué
palabras y afectos se explica en la recomenda-
cion que hace á Dios del alma de un moribundo?
nada hay tan vivo ni tan expresivo. Y no se con-

tenta con esto, porque si en la muerte ama á
sus hijos, tambien los ama despues de la muer-
te. Ellos se van, se desaparecen, pero ella no
los olvida; quiere que sus cuerpos reposen en
tierra santa, que sus huesos se conserven con la
decencia conveniente, y se interesa todavía mas
por sus almas. Teme que aunque fieles pueden
ser deudoras á Dios y sufrir un fuego que las
purifique hasta que satisfagan á la justicia del
Señor; por eso las ayuda con oraciones, con sufra-
gios y sacrificios, y sin intermision ruega solici-
ta, y trabaja afanada.

¡Qué amor de nuestra parte puede correspon-
der á tanto amor! Supongamos un hijo bien in-
clinado, que conoce el celo y los afanes infinitos
de una madre á quien lo debe todo: ¡qué amor!
¡qué ternura sentirá su corazon! ¡Habrà señal de
afecto que no la dé? ¡habrà honor que no la ceda?
¡habrà respeto que no la rinda? Pues si nosotros
amamos á la Iglesia, ve aquí el modelo que de-
bemos seguir, y ve aquí cómo debemos agrade-
cer los bienes que nos ha hecho y nos hace to-
dos los dias. Debemos unirnos con ella indis-
tintamente con el mismo espíritu que David con
Jerusalen, que no era mas que su figura, y la di-
rémos con mayor razon (1): „Antes que yo te ol-
vide, que olvide mi mano derecha: ántes que pier-

(1) Salm. cxxxvi. á v. 5.

„da memoria tan dulce, que es la alegría de mi
 „corazon, que se seque mi lengua, y quede pega-
 „da al paladar.” No hay respeto ni hay consi-
 deracion humana que pueda embarazar este sen-
 timiento, porque nada debe en nuestra estimacion
 compararse con la Iglesia, como que estamos uni-
 dos íntimamente con ella, y que sus intereses son
 los nuestros.

Así nuestra primera obligacion es sostenerla y
 apoyarla. Ya hemos dicho que la Iglesia es un
 cuerpo místico y moral, que Jesucristo es su ca-
 beza, y que nosotros somos sus miembros. San
 Pablo nos lo repite muchas veces, y particular-
 mente en su epístola á los de Efeso, hablando de
 Jesucristo, les dice (1): „Dios ha puesto todas
 „las cosas á sus piés. Le estableció gefe de su
 „Iglesia, la cual es su cuerpo, le representa ente-
 „ro, y tiene en todos su perfeccion.” Como si
 el grande Apóstol dijera: Hermanos, todos jun-
 tos hacemos un cuerpo con Jesucristo. La con-
 gregacion de los fieles unidos á Jesucristo por la
 fe, es el cuerpo de la Iglesia; pero estos mismos
 fieles separados, y considerando á cada uno en
 particular, son sus miembros. Cuando los miem-
 bros crecen y se fortifican, el cuerpo tambien se
 fortifica y crece, y por eso Jesucristo en calidad
 de nuestro gefe recibe mas perfeccion, á medida

(1) Ad Ephes. 1. 22. 23.

que el cuerpo por la union de los miembros se
 fortifica y perfecciona.

Este título de miembros de la Iglesia es uno
 de los mas gloriosos que podemos presentar á
 Dios, pues como tales lo somos tambien de Jesu-
 cristo. Cuando la Iglesia por el bautismo nos
 agregó á su cuerpo, nos hizo contraer con su gefe
 una alianza tan estrecha como inmediata. Des-
 de que somos miembros de la Iglesia, ya no so-
 mos extranjeros ni extraños, sino domésticos de
 la fe. Ya somos pueblo escogido, y de la ciudad
 de los santos; piedras vivas del edificio nuevo, fa-
 bricado sobre el fundamento de los apóstoles y
 profetas, en que el mismo Jesucristo es la pie-
 dra angular. Participamos de todas las gracias
 que la comunica sin medida su divino gefe, por-
 que ella es la depositaria de las fuentes sagradas
 en que el Salvador derramó las aguas de la vida.
 Es la que distribuye el precio infinito de su san-
 gre preciosa, y le derrama sobre sus miembros
 con una efusion continua. Esto muestra el gran-
 de interes que tenemos todos de que subsista, y
 cuánto nos importa trabajar por su conservacion
 y aumento.

Yo sé que sin nosotros la Iglesia subsistirá has-
 ta el fin de los siglos, y que, segun la prometió
 Jesucristo, jamas el infierno podrá prevalecer con-
 tra ella; pero este cuerpo que los hombres no po-
 drán destruir, puede por la mala disposicion de

los miembros que le componen, tener sus pérdidas y sus alteraciones, ya porque algunos de sus hijos desertan, ya porque se debilita la caridad de muchos, y ve aquí lo que debe encender nuestro celo.

Así lo hicieron los apóstoles cuando con riesgo de la vida y á precio de su sangre empezaron á formar la Iglesia, y á extenderla por todo el mundo: y así lo hacen hoy tan varones ilustres que se consumen con el trabajo y vigiliias por defenderla; tantos dignos ministros que en los pulpitos; en los confesonarios, en las conferencias públicas y particulares consagran su afan y sus talentos para edificar la Iglesia; tantos hombres apostólicos que pasan los mares para predicar el Evangelio á los idólatras y á los bárbaros. Y no hay cristiano que no deba tener á proporcion el mismo celo; pues como dijo Tertuliano, cada cristiano es un soldado, que cuando es menester, debe combatir por ella.

Como en el cuerpo humano, decia S. Pablo (1), cada miembro contribuye á la buena constitucion del cuerpo, y todos se ayudan unos á otros, así en el cuerpo de la Iglesia todos debemos con una santa uniformidad unirnos de manera, que no permitamos que se la haga ninguna ofensa, y que nos pongamos como una muralla impenetrable á

(1) Ad Roman. xii. 4. 5.

los golpes que la tiran el error y la incredulidad. Este deber es comun y general; pero debe proporcionarse á los medios de cada uno.

Si no sostenemos la Iglesia con el ministerio de la palabra, porque no tenemos ni el don ni la vocacion para este difícil ejercicio, sostengámosla con la pureza de las costumbres, y probemos la verdad de la fe con la santidad de nuestras obras. Si no hay penetracion en nuestras luces ni extension en nuestros conocimientos, sostengámosla con la docilidad de nuestra sumision y con una firmeza imperturbable, que jamas se separe ni de sus decisiones ni de sus preceptos. Si no podemos defenderla contra los tiranos, sostengámosla contra los artificios de la heregía, contra los insultos de la licencia, contra los ataques de la incredulidad, y no suframos que nadie ni de ningun modo la ataque en nuestra presencia, sin manifestar del modo que nos sea posible nuestra desaprobacion. Esto es lo ménos que la debemos, esto es lo que hemos prometido en el bautismo, y esto es lo que vos debeis prometerla ahora nuevamente.

Ya veis, señor, lo que es la Iglesia, ya escuchais lo que exige de vos. Ahora, pues, consultad vuestro corazon, examinad si os manteneis en la disposicion del etro dia, y explicadme si me ratificais las promesas que me hicisteis entónces. Decidme, pues, si renovais de corazon vuestro

bautismo; si renunciáis de nuevo al demonio, á la carne y á las pompas del mundo; si pedis á la Iglesia que os admita en su santa sociedad, protestándola vivir y morir en su comunión, creyendo cuanto enseña, obedeciendo cuanto manda, y suplicándola os reciba como su vasallo, su hijo y miembro de su cuerpo místico. *Lo haceis así, señor?*

Yo le respondí con los ojos llenos de lágrimas, y mas con la accion que con las palabras: Sí, padre. Vuestra voz ha llegado hasta el cielo, me dijo con un tono inflamado, los ángeles se han alegrado, y Dios la ha recibido en su seno: postrémonos ahora en su presencia, y haced la protestacion de la fe. Yo dije con el corazón enterrecido y con la voz balbuciente el *Credo*, el *Padre nuestro* y el *Ave Maria*, y cuando acabé de decir mis oraciones, el padre como si se sintiera inspirado de un espíritu divino, con voz sonora y con un tono que mostraba toda la fe y el ardor de su corazón, echó la bendicion sobre mí, y me dijo:

Yo, ministro de la Iglesia, aunque indigno, legítimamente autorizado: yo que en este momento la represento, imitando el espíritu de su divino Esposo, Dios de misericordia, que está siempre pronto á recibir al pecador arrepentido que se acoge á su seno: yo recibo en su nombre vuestras promesas, yo os admito en su santa sociedad, yo

os declaro de su comunión, yo os abro las puertas de su misericordia. Desde este instante ya participais de sus oraciones, y de todos los frutos espirituales de sus sacrificios y buenas obras. Ella os admitirá á todos sus sacramentos, os recibirá á penitencia cuando vengais á confesarla vuestros pecados, os dará lugar á su tiempo en la mesa del Señor, y ahora le pido con ella que cultive en vuestro corazón las santas disposiciones que os ha inspirado, y os haga la gracia de vivir y morir en su seno.

Despues que me dijo estas palabras con tal accion y eficacia que me llenaron de un terror religioso, se volvió á mí, y con expresion dulce y magestuosa me añadió: Ya estais, señor, en el gremio de los cristianos, ya sois de la nacion santa, y espero que del número de los escogidos. Ya tambien sois mi hermano en Jesucristo, ya somos hijos del mismo padre; yo le bendigo por tantas misericordias. Permitidme que para sellar esta celeste union, yo aunque indigno, pueda daros el ósculo fraterno de la caridad cristiana; y el venerable pastor enlazándose entre mis brazos, imprimió sus puros inocentes labios sobre mis mejillas, que estaban anegadas en mi llanto. *¿Cómo podré explicarte, Teodoro, la impresion que me produjo esta accion inesperada? El corazón me palpaba y daba latidos impetuosos, y toda mi sangre se encendió en un fuego divino que me corría por las venas.*

¡Qué diferencia, amigo, de este ósculo santo de la virtud á los únicos que yo conocia! ¡á los ósculos profanos y carnales del vicio! ¡O cuán brutales y groseros me parecian los otros entónces! Jamas habia sentido sensaciones tan dulces ni halagos tan deliciosos. Esta fué la primera vez que comencé á entrever que habia delicias castas muy superiores á las que habian sido toda la ocupacion de mi vida. Cuando consideraba que un hombre santo, querido de Dios y agradable á sus ojos habia tocado mi carne impura con los labios que no se ocupaban mas que en las alabanzas del cielo y en los ejercicios de la virtud; que un varon puro, templo vivo de Dios, que quizá no habria profanado jamas su boca con un contacto profano, se dignaba impelido por la caridad de dar el ósculo á un monstruo de abominacion, me hallaba tan humillado como complacido, y sentia en mi alma un rasgo de la dulzura celestial que se derrama en un corazon penitente, cuando empieza á desterrar las angustias duras y las congojas turbulentas de los remordimientos. ¿Será posible, le dije yo, apretando con mis labios su santa mano, que el Dios de bondad se apiade de mí, y quiera restablecerme en la generacion de los que le buscan, y que le gozarán eternamente?

No lo dudeis, señor; y lo primero que debemos hacer es darle gracias por tan inmenso beneficio. Considerad que este es el dia mas precioso de

vuestra vida: este es el primer paso que dais en el camino del cielo; y sacando un papel, me le dió diciéndome: Ved aquí una oracion que os suplico la digais todas las mañanas por espacio de ocho dias, y que ahora por la primera vez diréis conmigo. Nos pusimos de rodillas, el padre la rezaba, yo le seguia repitiendo lo que habia dicho, y la oracion era en estos términos.

¡Dios omnipotente y eterno! ¡Dios trino y uno! ¡Dios misericordioso! yo la mas indigna de tus criaturas te doy de lo íntimo de mi corazon humildes gracias por los muchos beneficios que te debo, y en especial por el que me dispensas este dia. Tú me hiciste nacer en el seno de tu Iglesia; yo por mi corrupcion apostaté y me separé de esta santa madre, que es la única que te adora como tú quieres ser adorado. Tú por una bondad tan rara como no merecida, me has llamado de nuevo, y me permites volver á tu santa sociedad.

Tú me admites en el número de tus hijos. Tú te dignas alimentarme con la doctrina de tu Iglesia, de esta Iglesia que Jesucristo, tu Hijo unigénito y su cabeza invisible, cimentó con su sangre; de esta Iglesia que confió á San Pedro y á sus sucesores para que ocupasen su lugar; de esta Iglesia católica, apostólica y romana, que es la única Iglesia verdadera, la inexpugnable columna de la verdad, y que sostiene tu mano protectora.

¡Dios de misericordia! yo te imploro para que me inspires una tierna y religiosa veneracion á esta santa madre, un afectuoso interes á todo lo que la pertenece, y un celo vivo de su honor, extension y pureza. Haz por tu bondad que yo me glorie siempre de contarme entre sus hijos, y que aunque sea el mas indigno de todos, cuanto ella nos ordena me sea siempre sagrado, venerable y precioso.

Concédeme la gracia de que sin perder nada de la humildad y desprecio que debo tener de mí mismo, todo lo que la ofenda á ella, lastime tambien mi corazon, que en todas sus afiecciones y dolores no padezca nada que no lo padezca yo con ella, que esta confesion que hago en tu divina presencia borre los delitos de mi infidelidad. Yo quisiera hacerla en la de todo el universo para reparar con mi arrepentimiento público el escándalo de mi apostasia. Te prometo no ocultar á ninguno de los que puedan observarme esta feliz mudanza de mi corazon. ¡Qué consuelo para mí, si pueden ver en mis humillaciones la amargura de mi dolor y la grandeza de tus misericordias!

Tambien te pido un espíritu de docilidad para creer y someterme á todas las decisiones de tu Iglesia. Tú nos has dicho que en todos tiempos tendrá enemigos y perseguidores, que siempre habrá incrédulos; yo soy por mi desgracia una prueba patente de esta verdad.

Pero, ¡Dios mio! háced que en adelante mi corazon esté con ella en todos sus peligros; que en todas mis dudas sea mi único oráculo; que una sumision rendida tranquilice las inquietudes naturales de mi orgullo; que mi fe crezca y se haga todos los dias mas segura; que en medio de las tempestades que puede excitar mi amor propio ó la iniquidad de mi corazon, yo me arroje en la barca de S. Pedro, que puede fluctuar, pero nunca jamas naufragar.

No ignoro, señor, que un espíritu dócil y sometido es el primer carácter de tus escogidos, que ninguno puede darnos esperanzas mejor fundadas. ¡Dios mio! aunque no lo merezco, dame siquiera este divino don, y no permitas que le pierda jamas. Mi ánimo es empezar á servirte, sujetarme á tu ley, rescatar mis iniquidades, y mi confianza nacerá de tu piedad, porque me has vuelto á poner en tu Iglesia. Yo sé que fuera de ella no hay salud, pues tú mismo nos lo dijiste en tu Evangelio cuando nos mandaste mirar como gentil al que no la escucha con afecto filial y reverente. Yo sé que no reconoces como oveja tuya ni eres el pastor del que no está en tu aprisco, que es tu Iglesia.

Yo, señor, confieso como el Profeta tu santo nombre; pero quiero confesarle en tu Iglesia. Yo quiero publicar tus grandezas, y celebrar tus alabanzas; pero las quiero celebrar en tu Iglesia.

Yo quiero anunciar tu palabra y sus divinas verdades; pero las quiero anunciar en tu Iglesia. Tu Iglesia es la montaña santa de donde debia salir la ley, el templo augusto en que deben juntarse todos los pueblos de la tierra para presentarte su incienso y dirigirte sus votos, el santuario en que quieres recibir el único culto que te agrada presentado por Jesucristo, nuestro pontífice supremo, y en fin, la cátedra en que nos enseñas tus caminos por el órgano de los ministros de tu Evangelio.

Repito con uno de tus apóstoles, que cualquiera otra sociedad de culto es sinagoga del demonio; y que toda otra cátedra lo es de pestilencia. Dichoso yo si con una vida conforme á los santos documentos de esta Iglesia, en que te dignas de volverme á admitir, obtengo por tu misericordia el título de tu hijo y la gloria de tus escogidos. Amen.

Cuando acabamos esta oracion me hizo sentar otra vez á su lado en el mismo banco, y me volvió á decir: Ahora me sigo yo á dar gracias á Dios por tantos beneficios; ahora debo adorar y alabar sus misericordias, pues veo que este buen Padre las derrama sobre vos á manos llenas. ¿Quién puede dejar de descubrir este secreto de su predestinacion? Pues es visible que os ha traído aquí porque os ama y quiere haceros suyo. Con este motivo me dijo cosas tan tiernas y tan propias

para inspirarme confianza, que se me derretia el corazon, y ya no me fué posible resistir á la cordialidad de sus afectos. Este discreto padre no me habia mostrado hasta allí la menor curiosidad, ni me habia mostrado el mas leve deseo de saber mi nombre, mi calidad y circunstancias, y yo mismo habia puesto una especie de tenacidad en no decirle nada; pero en aquel momento, vencido de la dulzura de sus expresiones, abrí todas las puertas de la confianza arrojándome á sus piés otra vez, y mojando con mis lágrimas sus manos que tenia enlazadas con las mias: Angel de Dios, le dije, yo soy un monstruo, y lo soy desde mi niñez.

Vos estais viendo al mayor, al mas horrible de los delincuentes, al mas inicuo y depravado de los hombres: toda mi vida he sido esclavo de mis pasiones mas infames. El vicio no ha dejado en mis entrañas nada que no esté infecto. No.... no soy yo capaz de enmienda, y no es posible que entre la virtud en un corazon en que tan largo tiempo solo han dominado los vicios.

Diciendo estas palabras, los sollozos me sofocaban la voz, mi cabeza se reclinó sobre el pecho de mi celestial amigo. ¡Ay Teodoro! ¡qué dulce conmocion sintió mi alma cuando me hallé otra vez afectuosamente abrazado por aquel hombre justo cuyas lágrimas inocentes inundaban mis megillas! Los dos nos quedamos largo tiem-